

EL MUNDO COMO PROCESO - REFLEXIONES
TRASLATOLÓGICAS

HANS J. VERMEER
(Universidade de Heidelberg)

ABSTRACT

The author argues that the continuum of real and imaginary worlds can methodologically be considered sets of processes in which objects are temporarily objectivized 'orbit' moments. The process model explains how phenomena can temporarily come together and/or drift apart. Text production, reception and translation are processes which take time conduct, and this can lead to incoherence within and between texts. Source and target texts are produced for different processes (different source and target functions and recipients); they must, therefore, necessarily differ in form (language as such is trivial), content, context meaning, function and 'value' for different recipients. An holistic approach explains the 'intertextuality' and continuity of phenomena as process moments within other processes. If I give away a book of mine to someone else, the book does not simply become 'his/her book', but continues to be 'my-book-which-I-have-given-to-him/her'. Even once it has been translated, a source text continues to exist as an element of the *translatum*-process; this can explain why people so often insist on a literal translation in order to 'preserve' the original as much as possible throughout any future processes (the target texts).

Cuando Alberto Sánchez Moncada interrumpió brevemente la conversación rutinaria que durante la cena mantenía con su esposa, María del Mar Alvarez Palacín, y observó: *La sopa está demasiado caliente*, la catástrofe se desencadenó de forma inevitable. Dos meses después se habían separado. Alberto había cometido el error frecuente pero imperdonable de formular su afirmación con una entonación neutra, confiéndole el carácter aparente de una declaración de validez general. Aquella noche debería haber tenido una mayor consideración hacia la delicada disposición de ánimo en que se encontraba su esposa, haber adoptado un tono amable y risueño, y haber dicho, tal vez: *Querida, esta sopa es aún más exquisita que la de otros días; pero has de saber que últimamente me ocurre algo en las papilas gustativas de la lengua: al parecer, se están volviendo cada vez más sensibles al calor. Hace poco he leído algo en la prensa local, si no recuerdo mal, sobre una alteración de las terminaciones nerviosas o algo así, una enfermedad poco frecuente pero incurable. Y ahora me parece que esta*

deliciosa sopa está muy caliente para mi lengua sensible. Debería haber dicho esto o algo parecido. El “mensaje” habría seguido siendo más o menos el mismo, pero su nuevo envoltorio habría revestido con más delicadeza, como a vidrio frágil, aquéllo que, en la lacónica forma asertiva antes mencionada, se había interpretado como un reproche. Sin que fuera esa en absoluto la intención de Alberto, claro está. Pero, ¿cómo podía él saberlo? Otros días, la conversación mantenida durante la cena había “funcionado” (¿aparentemente?) sin tropiezos.

¿O tal vez no? ¿Entra algún elemento más en juego? - Desde luego: por ejemplo, la entonación que Alberto Sánchez dio a su observación. Las dos frases mencionadas pueden pronunciarse con diferente entonación y producir, consecuentemente, efectos distintos. Lo mismo ocurre con el grado de intensidad, la altura tonal de la voz, el tempo del habla y algunos otros factores, es decir, lo que en Lingüística se llaman fenómenos “paralinguales”.

Además, entran también en juego la mímica, los gestos y los ademanes. Si Alberto Sánchez se agita intranquilo en su silla, se rasca nervioso la cabeza, etc., su observación producirá un efecto distinto que si permanece -al menos aparentemente- tranquilo.

Y a esto se añade el resto de su conducta: la queja de la sopa formulada distraídamente frente al televisor no producirá el mismo efecto que si Alberto dedica a su mujer toda su atención. Sin afeitarse, el esposo causará una impresión distinta que recién salido de la ducha, etc.

Conclusión: además de los fenómenos verbales, en el efecto comunicativo -o, más brevemente, en la comunicación- intervienen también los fenómenos paraverbales y no verbales de la situación. Como es sabido, éstos a menudo producen un efecto subliminal incluso más intenso que los elementos verbales.

Lo mismo puede decirse de la comunicación escrita: ¿a quién le gusta leer una misiva de amor llena de manchas de café o una carta comercial plagada de correcciones!

Y también influye en ésta la situación: la noticia de un accidente ¿no produce un efecto más trágico si uno la lee en una esquina fría y lluviosa, azotada por el viento, que si lo hace cómodamente sentado en un cálido sillón?

Nueva formulación de la conclusión anterior: la verbalización es sólo *un* elemento de los que forman una comunicación, probablemente, el menos importante.

Pero ¿cómo se producen de manera repentina y, al parecer, inesperada “contratiempos” como el de la cena de Sánchez Moncada?

El ser humano se cree el “mismo” durante toda su vida -un fenómeno curioso, esta fe en la identidad-; pero cada individuo se encuentra, “desde la cuna hasta la sepultura”, en constante evolución. En él mueren células sin cesar y se forman otras nuevas. En poco tiempo es, materialmente, “otro hombre”. Pero no sólo materialmente, también espiritualmente (si se me permite usar aquí, como lego, este término provisional) cada ser humano está sujeto a una incesante transformación.

La persona, en su continuo cambio, puede ser definida como proceso. Dos personas se definirán entonces como dos procesos, que -¡por ejemplo!- durante un determinado proceso temporal (!) actúan de forma casi paralela, cooperan quizá. Si se

designa “objeto” a todo lo concebido como cosa/materia/cuerpo, entonces también se puede considerar a las personas como “objetos” (sin entrar en juicios de valor) y a éstos, a su vez, como procesos, según lo expuesto.

Si ahora comparamos a las personas en su continua evolución con las órbitas de los planetas o, mejor, de los cometas, observamos que, en un momento dado, puede ocurrir que dos de estas órbitas humanas se encuentren, tal vez en un recodo, que les permita moverse durante un tiempo de forma casi paralela. Pero, en realidad, cada persona evoluciona de manera individual, para sí, por lo que después de cierto tiempo se hará patente que las órbitas de ambos individuos no discurren indefinidamente de forma paralela.

Los procesos no son fenómenos unitarios. Unas partes de un proceso pueden transformarse más rápida o más lentamente que otras. (*El tejado de una casa puede necesitar reparaciones antes que los muros exteriores.*)

Los procesos pueden interpretarse como procesos de procesos. (Piénsese en la Lingüística, que considera una lengua como “system of systems”.)

Las órbitas de los cuerpos celestes se influyen mutuamente. De modo similar, las personas influyen mutuamente en sus vidas, en mayor o menor medida. Pero tampoco esta “gravitación” puede impedir que las órbitas, tras algún tiempo, puedan volver a separarse.

La imagen de las órbitas de los cometas, como todas las metáforas, sólo es válida en determinadas circunstancias, es decir, en parte. El ser humano no se guía exclusivamente por las leyes de gravitación. Las personas quieren lograr algo -o creen, en la complejidad de los mundos posibles, que quieren lograr algo (que pueden quererlo), y se ven inducidos por esta creencia a quererlo. Y así como dos cometas que se acercan entre sí ejercen una mutua influencia sobre sus órbitas, también las personas que se “aproximan” entre sí, como se ha indicado, se influyen mutuamente. Y como ambas “quieren” algo y pueden hacerse (más o menos) conscientes de ello, se puede hablar, en caso de que exista una voluntad similar, de “coactividad” (“Ko-Aktivität”, Novalis) o de cooperación (“Ko-Operation”, Holz-Mänttári). El término “coactividad” se puede utilizar de forma general y, por tanto, no sólo positiva, sino también neutra: no se trata de la existencia de un objetivo común, sino de que dos (o más) individuos, para alcanzar sus correspondientes objetivos, quieren actuar conjuntamente, es decir, quieren coordinar sus actividades entre sí. (El vendedor y el comprador coactúan conforme a distintos objetivos.) La coactividad designa (aquí), por tanto, solamente la voluntad de desarrollar una actividad coordinada (temporalmente), y no incluye necesariamente la existencia de un objetivo común.

Un proceso se define como un acontecimiento en el tiempo. Por tanto, un proceso es un “fenómeno histórico” (Sohn-Rethel, Alfred Geistige und krperliche Arbeit. Zur Theorie der gesellschaftlichen Synthesis; Frankfurt a. M. 21973, 37) en el “mundo”, o más exactamente: en el “continuum” de los mundos posibles (para el correspondiente proceso). Como tal, un proceso está condicionado temporalmente. Esto significa: (1) un proceso tiene lugar en un tiempo dado (que puede determinarse más o menos exactamente, conforme a su comienzo y su final, o en función de su duración, por

ejemplo, a través de fechas o medido en horas). (2) El tiempo es irreversible (cfr. Hawking, Stephen W. *A brief history of time: From the big bang to black holes*; New York 1988). Por tanto, los acontecimientos son irrepetibles, únicos. (3) Con esto se afirma también que el acontecimiento, definido como proceso, o bien se transforma él mismo durante su desarrollo y, por tanto, en relación con su entorno (*una persona envejece*), o bien se transforma a través de los cambios producidos en su entorno (*se asigna a un empleado un nuevo jefe, que lo valora "de forma diferente" a su antecesor*). (4) Un proceso, como fenómeno condicionado temporalmente, tiene principio y final (*una persona nace y muere*). Principio y final son conceptos relativos.

Como todo proceso está integrado en el (más exactamente: en un) continuum de mundos posibles, puede influir en otros procesos.

Los procesos -así como los procesos en procesos, como se indicó antes- se desarrollan con diferentes velocidades. Esto tiene una doble implicación en el continuum de los mundos posibles: (1) las velocidades pueden ser comparadas de forma "objetiva", es decir, por un observador exterior y "neutral". (*La vida de una persona dura más que un relámpago.*) (2) Subjetivamente, un proceso puede parecer más o menos rápido. (*La vida de una persona parece transcurrir más lentamente que la de otra.*)

Todo fenómeno (es decir, todo proceso) "tiene", para alguien, forma (materia) y contenido (substantia), y le es atribuido un sentido por alguien. Al observar el desarrollo de un proceso, no se puede determinar "objetivamente" si y cómo varía en su forma, su contenido y/o su sentido. Tal determinación es específica de cada situación y, por tanto, esencialmente individual y subjetiva. En parte, depende más de las denominaciones que de los objetos denominados.

Ejemplos: en el proceso de la vida de una persona, ¿cambia sólo la forma? En el proceso de la existencia de una casa, ¿cambian forma y contenido (*plano - casa - ruina*)? ¿Cuáles son los criterios que permiten juzgar de distinto modo los dos procesos mencionados? O bien: ¿en qué condiciones se habla de cambio de forma y/o de contenido? ¿De qué dependen estas condiciones? Este ejemplo alude al problema de la identidad de un proceso (*una persona se siente la misma durante toda su vida, aunque casi toda su materia se transforma*). Los siguientes ejemplos muestran que se trata más del nombre que de la "cosa" (de la materia y/o substantia): *un árbol y el mástil de una embarcación fabricado a partir de él se consideran dos objetos diferentes, aunque suponemos que su materia es esencialmente la misma. Se considera que una persona es la misma, aunque estamos de acuerdo en que su materia se transforma completamente.*

El último ejemplo mencionado muestra que la substantia de un proceso no es ningún fenómeno concreto y material, sino una "abstracción del pensamiento" (Sohn-

Rethel 1973, 39). El siguiente ejemplo muestra que también la forma (materia) es una abstracción del pensamiento:

Durante siglos, el lucero vespertino y el lucero de la mañana se interpretaron como dos estrellas, aunque para la astronomía moderna se trata de la misma Venus. Pese a conocerse esta identidad, continúa existiendo la distinta denominación.

Que la denominación de un proceso puede ser independiente del “estado real” del mismo lo demuestra el uso de la expresión *Sale el sol*, cuando todos sabemos que “en realidad” la tierra gira.

Observación: en lo sucesivo utilizo el término “real” para aludir a la suposición de que, fuera del pensamiento del hombre, existe de hecho un mundo objetivo y/o representado, o bien para indicar que no deseo desarrollar aquí ninguna filosofía solipsista.

Conclusión: la forma (materia), el contenido (substantia), el sentido y sus denominaciones son específicos de cada caso y, por tanto, “individuales”. (La individualidad se refiere también al tiempo, que es en cada caso tiempo-para-alguien.)

Ahora bien, en el momento en que las personas hablan (quieren hablar) sobre un proceso, se ven obligadas a considerarlo como un objeto detenido (al menos momentáneamente). (¿La mayor parte? de) las lenguas responden a esta forma de ver el mundo, pues designan los fenómenos como objetos.

También el lenguaje, como es sabido, representa un proceso que se transforma constantemente. Cada lengua representa su propio proceso, específico de su cultura, con su propia dirección y velocidad de desarrollo. Esto tiene consecuencias muy amplias: las personas, a través de la socialización, son introducidas en estructuras lingüísticas. Este proceso educativo da lugar a la existencia de similitudes supraindividuales entre las estructuras lingüísticas individuales (por ejemplo, que todos los usuarios competentes del “español” utilicen la palabra *casa* de forma similar en situaciones “similares”; esta forma de utilizar una palabra al hablar/escribir o escuchar/leer puede fijarse después en un diccionario como “definición” o, menos exactamente, como descripción; tal diccionario podría elaborarse teniendo en cuenta incluso distintos tipos de situaciones).

En cada caso se ha de estipular (de modo tácito o explícito) lo que se considera “similar”. Se puede suponer que existe similitud cuando no se producen protestas de ningún tipo. En tal caso, en lugar de *similitud* se puede hablar también, si se desea, de “equivalencia”. Por tanto, existe equivalencia entre dos fenómenos (por ejemplo, el contenido de las palabras), si y en la medida en que alguien (productor, receptor, observador) supone que dos (o más) individuos admiten tácita o explícitamente y sin protestas una similitud entre estos fenómenos.

Las estructuras (¡procesos!) lingüísticas mencionadas existen con anterioridad al individuo. Para éste son normas dadas de antemano, con las que tiene que vivir y de las que sólo puede desprenderse, si es que puede, con gran esfuerzo y de forma parcial.

El lenguaje es una estructura con “límites borrosos” (“fuzzy ends”), es decir, su ámbito no se puede señalar ni delimitar con exactitud. El lenguaje como estructura o incluso como sistema (de sistemas) es un constructo teórico, destilado (y fijado) a partir de los rasgos comunes de un conjunto representativo de manifestaciones. Estas manifestaciones se pueden describir como procesos. El lenguaje es una abstracción realizada a partir de un enorme haz de procesos de comportamiento que no se pueden delimitar con exactitud y que se consideran como unidad. El lenguaje es, por tanto, una generalización de acontecimientos individuales. Lo real son las manifestaciones del lenguaje (el habla y la escritura).

El lenguaje es parte de la cultura. La cultura se define como el conjunto de las normas y convenciones de comportamiento y sus resultados.

Las culturas pueden describirse como procesos y son, en el sentido de lo dicho anteriormente, abstracciones, es decir, constructos realizados por alguien.

El lenguaje no reproduce la realidad, no la representa (como de hecho se ha afirmado). Un signo lingüístico -que aquí consideramos, en su carácter cambiante, como proceso- recibe un significado en una situación dada, determinada culturalmente (!), es decir, es vinculado con un objeto (o proceso) en una situación dada; esta vinculación, que, por otra parte, puede anularse y modificarse siempre una y otra vez, en determinadas circunstancias se extiende a los elementos de una situación que se consideran similares, y es transmitida después por la tradición. Por esta razón, los contenidos de los signos lingüísticos no tienen que coincidir necesariamente con los objetos (momentos de un proceso) percibidos, ya que puede haber otros elementos de una cultura, como estructura (¡como proceso!), que se desarrollen en otra dirección y con otra velocidad.

Repitémoslo una vez más: en el momento en que se produce una primera verbalización de una parte de una situación, al hablante o al productor de un texto se le revela un “objeto” (más o menos complejo) en una situación dada, al que él asigna un signo lingüístico (más o menos complejo, por ejemplo, una palabra o una frase, etc.). El objeto designado, desde un punto de vista metodológico, existe solamente en la mirada de la persona que le asigna el signo lingüístico. Como cada constelación situacional es única, para cada oyente/lector se trata de un objeto (un poco) “diferente” (en cada caso). El objeto no es otra cosa que la detención individual (y sólo hasta cierto punto generalizable, de forma específica a cada paracultura y diacultura) de un momento de un proceso, condicionada por la cultura, la situación y otros factores.

La mirada, un poco diferente en cada caso, de cualquier otro individuo, en circunstancias afortunadas, no provoca ninguna protesta: *¡Pues yo no diría lo mismo!* Puede ser que las diferencias sean demasiado insignificantes para ser percibidas o que parezca que no merece la pena formular una protesta. En este caso puede decirse que se ha logrado el “consenso”. El consenso, por tanto, desde este punto de vista, no significa otra cosa que la ausencia de protesta, sea por el motivo que sea. (Se puede formular de

un modo positivo, aunque en este caso menos exacto: existe consenso para-alguien cuando alguien supone que existe consenso.) En realidad nunca podemos estar seguros de hasta dónde llega el consenso ni de si existe verdaderamente. (Hay formas de protesta silenciosa, como el alejamiento interior.) (Metodológicamente) debemos partir de la idea de que los objetos aludidos no son nunca exactamente iguales. (Metodológicamente, la igualdad sería el grado cero de desigualdad, específico para cada caso. Una teoría general se debe basar en el fenómeno más complejo, en este caso la desigualdad.) Por tanto, cuando en Lingüística o en cualquier otro ámbito se habla de “equivalencia”, esto en principio no significa otra cosa que una similitud admitida hasta tal punto, que no ha dado lugar a ninguna protesta.

Alberto Sánchez Moncada, como toda persona “normal” (utilizo como lego también este término provisional), ha crecido en un entorno lleno de lenguaje y él mismo ha aprendido, en virtud de su disposición biológica, a entender y hablar. Al principio de forma imprecisa, aproximada; las personas mayores le corrigieron una y otra vez. En un momento dado, dijeron: ahora ya sí que sabe hablar bien. Y en un momento dado, dejaron de regañarle por no prestar atención, por no querer entender lo que se le decía: era un niño bien educado. Estaba socializado. Pero, como ya se ha indicado, Alberto siguió transformándose. También su comprensión y su propio lenguaje se transformaban, procesos en el proceso del ser humano. Y cuando se unió con María del Mar Alvarez, fueron ya varios procesos de distinto origen y distinto ímpetu los que se encontraron de una manera muy complicada y... continuaron transformándose. Cada uno para sí. No sin recibir la influencia del otro (y de otros más), sino dejándose influir e influyéndose, pero sin llegar a perder por completo su propia trayectoria. Un auténtico haz de cometas que mantenían su propia órbita.

Alberto se hizo funcionario de la administración. Indignado por lo que consideraba una injusticia, escribió una carta al director de un periódico para protestar por la congelación de los salarios de los funcionarios. Los días que siguieron a la publicación de su carta fueron terribles para Alberto. Las opiniones de sus compañeros de oficina eran desconcertantes: criticaban su carta porque, según ellos, defendía la congelación de salarios. Alberto creía haber expresado tan clara e inequívocamente su posición y, sin embargo, ¡había personas que habían entendido justamente lo contrario! ¿Cómo había podido ocurrir una cosa así?

El texto impreso era sin duda un objeto, pensaba Alberto. Lo tenía ahí delante, inalterable, pensaba. El periódico seguramente podía volverse amarillento, si se dejaba al sol; ensuciarse, tal vez, si le caían gotas de café o si se pasaban las hojas con los dedos manchados de mantequilla; pero, desde luego, ¡esto no afectaba a su carta en absoluto! ¡Su carta seguía ahí, tal y como era! Así, pues, resultaría muy complicado explicar que también este texto (al que enseguida daré otro nombre) es un proceso en el continuum de todos los mundos.

Quizá Alberto Sánchez tenía razón cuando hablaba “del” texto del periódico. Pero incluso si consideramos que el texto había quedado impreso sin alteraciones, de una vez y para siempre, en todos los ejemplares del periódico (lo que, por cierto, “es

correcto” si nos limitamos a realizar un examen relativamente superficial, en el que por el momento no juegan ningún papel, por ejemplo, los distintos matices de la impresión) dicho texto parece mostrar, precisamente por ello, dos cualidades importantes: en primer lugar, tal y como aparece en el periódico, el texto está desligado del autor, en cierto sentido se ha convertido, por así decirlo, en un objeto “por derecho propio” (“eigenen Rechts”), como tal vez lo expresaría Justa Holz-Mänttâri, o -peor- ha quedado a merced del lector, sin que el autor pueda hacer nada más que observar y esperar, desamparado. Por el momento (!), sus reacciones no le preocupan a nadie.

El texto redactado por Alberto Sánchez Moncada se ha convertido en un “textema” en el sentido de que, como han aclarado los teóricos de la Estética de la recepción, no vuelve a existir como texto hasta que no es “producido” nuevamente a través de la “percepción” o, digamos, de la activación (= lectura) de cada lector, y, por cierto, de un modo diferente en cada una de estas lecturas. (¡Véase lo expuesto anteriormente sobre el acuerdo y el rechazo!)

En segundo lugar, parece que el textema se ha convertido así en un objeto que -para retomar una imagen ya utilizada- atraviesa como un asteroide las órbitas de los cometas, las órbitas de los cometas humanos, y cada una según un ángulo diferente, más o menos diferente. Por esta razón, cada cometa “ve” el asteroide “de una forma distinta”, precisamente, desde un ángulo de visión diferente. A cada cometa le parece un poco distinto en su forma, tamaño, color, etc., o incluso completamente distinto. No es necesario recurrir al relato hindú de los tres ciegos que querían saber cómo era un elefante. El primero lo agarró por el rabo y pensó que un elefante era como una escoba. El segundo le tocó una pata y pensó que un elefante era como la mano de un almirante. El tercero lo cogió por la oreja y pensó que era como un abanico. Cada uno de los ciegos “vio” al elefante de un modo distinto. Nosotros, volviendo a nuestro asteroide, diremos que es configurado por alguien de forma individual a través de la observación. Así lo hemos comprobado en el ejemplo que acabamos de mencionar del lucero matutino y el lucero vespertino. En la historia de la astronomía existían tres objetos: el lucero del alba, el lucero vespertino y Venus. En la actualidad, para los astrónomos -pero no para cualquier lego- estos tres objetos son *un* planeta (y ya no son una “estrella”). Por lo tanto, no son lo que son de una forma “objetiva”, sino desde el punto de vista de los respectivos observadores. Y éstos se comportan de acuerdo con sus creencias y no conforme a la realidad exterior a su conciencia. Lo decisivo no es la realidad, sino los efectos y consecuencias de las creencias. (Y las creencias son procesos que se transforman constantemente...)

Además, un “texto” (¿o debemos llamarlo textema?) se transforma también en otro sentido: el proceso textema y el proceso persona o recepción se acercan entre sí de formas distintas en momentos distintos. Esto ocurre tanto cuando se trata de un proceso individual (como ya he tratado de explicar) como, sobre todo, cuando se trata de varios procesos, sobre los que influyen de modo diferente sus respectivas circunstancias situacionales.

¿Y qué tienen que ver todas estas reflexiones con la cena de Alberto Sánchez Moncada? Muy sencillo: su observación era como un objeto asteroidal que atravesaba

la órbita del cometa llamado María del Mar Alvarez. Esta lo contempló desde su ángulo visual y ocurrió que, a través de esta visión diferente, la observación de su esposo se convirtió en una observación diferente. Tan fabulosamente real es lo que sucede con el lenguaje -o con cualquier comportamiento: uno guiña un ojo porque se le ha metido una mota de polvo y alguien cree que le está haciendo señas.

¿Y qué tiene que ver esta historia mal contada con la traducción? Pues muy sencillo:

(1) El autor de un texto “es” un proceso. Su texto concluido se convierte en un textema. Si consideramos el mundo como proceso, un texto (textema) de partida representa un momento suspendido de este proceso. Al mismo tiempo, el textema forma parte del continuum de mundos posibles, en el que produce un determinado efecto. El textema “es” un proceso.

(2) El traductor se puede definir, a su vez, como proceso. En una situación dada y desde su punto de vista, este traductor lee su (!) texto a partir de su (!) textema. La continua transformación procesual del punto de vista del traductor y del textema, con sus respectivas velocidades de desarrollo, hacen que, cuando ambos se reúnen, “el” textema se transforme constantemente a ojos del traductor. La recepción de un texto (textema) de partida se modifica sin cesar durante su desarrollo. Cada recepción está formada por un conjunto (nunca cerrado) de elementos individuales, que en un momento determinado han de unirse para dar lugar a una (supuesta) coherencia. Lo mismo puede decirse de cada producción y, por tanto, de cada traslación: se trata en cada caso de un proceso individual cuyo resultado (el texto traducido) se ha de suponer coherente también de modo individual.

Y cada trayectoria de los procesos de producción-recepción-producción atraviesa la otra de una forma diferente, que depende del “azar” de la situación, con todas las condiciones resultantes del continuum de todos los mundos, demasiado complejas para enumerarlas aquí de forma exhaustiva. (El azar es, para alguien, aquello cuyo origen no puede explicar.) Y la traducción que aparece como resultado final es un producto del azar justamente en este sentido, una entre las muchas traducciones teóricamente posibles. Una vez fijada, pasa a ser un traslatema -o, manteniendo el término antes utilizado: un textema- que, al ser recibido por diferentes receptores en distintos momentos, se convierte en otros tantos nuevos textos. Y el proceso continúa mientras existan un ejemplar del textema y un receptor... Por tanto, no se puede hablar de “la” traducción sin más (de un texto de partida).

La dificultad de toda esta reflexión consiste no tanto en imaginarse los mundos y los elementos de los mundos como procesos, sino en representarlos como tales. También la Neurofisiología sabe que el cerebro humano desarrolla una actividad constante y que, por esta razón, se transforma sin cesar. Las apercepciones, así como sus resultados, tienen también un carácter procesual en el conjunto del continuum de los mundos. Sin embargo, nuestra disposición biológica como homo (sapiens) y, con ello, nuestro(s) lenguaje(s) nos inducen a mantener un modo de expresión y una visión reificadores/cosificadores. Nuestras dificultades responden, según parece, a unas estructuras de lenguaje y de pensamiento inadecuadas.

Toda observación de un fenómeno es una interpretación del mismo en varios sentidos: (1) un fenómeno se interpreta (mediante una comparación implícita con otros fenómenos similares o diferentes) como tal y cual fenómeno (tal y cual proceso u objeto). A ello aluden expresiones como *Esto es un árbol; éste es un buen trabajo* (y las posibles discusiones al respecto entre varios individuos). (2) Un fenómeno se clasifica explícitamente en el continuum de los mundos posibles siempre que se asigna a otro u otros fenómenos ya existentes (como similar o diferente a ellos). A esto aluden expresiones como *Ese es el árbol más grande que he visto en mi vida*. (3) Junto con la clasificación en el continuum, se produce una valoración implícita o explícita. A ello aluden las discusiones sobre la valoración de algo como X: *Eso no es un árbol; en todo caso, un arbusto canijo*.

Primera conclusión traslatológica: según las circunstancias específicas de cada caso (es decir, situacionales -y por tanto condicionadas temporalmente- e individuales) que rodean a la observación de un fenómeno (por ejemplo, de una traducción), las interpretaciones del mismo pueden diferir en cuanto a su forma (materia), su contenido (substantia) y su valor. No existe “la” traducción, sino sólo una valoración momentánea de un fenómeno como traducción X de calidad y. Las traducciones son en cada caso resultados individuales (con características específicas de grupos). Una teoría procesual de la traslación tiene una orientación relativista.

Una valoración da lugar a dos fenómenos diferentes: el “valor de uso”, relacionado con el contenido, y el valor formal. Para este último se puede utilizar la expresión “valor de cambio” (“Tauschwert”), empleada por Sohn-Rethel. El valor de uso se desprende de la utilización (el uso) del fenómeno correspondiente en una situación dada y, a su vez, condiciona su “valor de cambio”. El valor de cambio resulta, por tanto, (de un modo diferente que en Sohn-Rethel) de la suma del valor de uso y de un valor de cambio asignado tradicionalmente. Con relación a este último, cabe pensar, por ejemplo, en las conchas utilizadas como monedas en Polinesia (cauris) o en la asignación de precios de la sociedad industrial moderna.

En virtud de las relaciones descritas entre ambos valores, la distinción entre valor de uso y valor de cambio es, en principio, sólo metodológica (cfr. Sohn-Rethel 1973, 48). También en el proceso de intercambio resuena la idea del futuro valor de uso de un fenómeno e influye en su valor de cambio. Es decir, ambos valores coexisten de forma inseparable en la práctica, justamente como “el” valor del objeto X, no en el uso (en una acción), sino en la conciencia de una persona que actúa (la conciencia como proceso “es” también una acción). Puesto que cada valor de cambio, por su parte, está unido a objetos concretos (cauris, monedas), el posible valor de uso de éstos influye a su vez en el propio valor de cambio. Por tanto, en lugar de valor, es mejor hablar en cada caso de una estructura de valores.

El uso es, como ya se ha indicado, una acción. Las acciones, por definición, se dirigen a un objetivo; les corresponde un objetivo, un “escopo”. A partir de este escopo se les asigna un sentido, es decir, las acciones se emprenden para alcanzar un objetivo. El sentido significa que se persigue un objetivo. (En otras obras he desarrollado este punto más exhaustivamente.)

En las relaciones interpersonales (en el “intercambio”, piénsese, por ejemplo, en la expresión “intercambio de ideas” -y cada uno sabe hasta qué punto “valora” una idea-), los valores de un fenómeno se desprenden no sólo del fenómeno como totalidad (“Gestalt”), sino también de las partes (elementos) que lo componen. Por ejemplo: *Me gustaría comprar este baúl, pero encuentro poco prácticos, incluso peligrosos, los extremos que sobresalen*. Las circunstancias accidentales influyen en los valores de uso y de cambio de un fenómeno.

Si se considera, como aquí se ha propuesto, a las personas como procesos, puede decirse que varios momentos de un proceso constituyen una “sociedad”. Desde este punto de vista, el valor individual puede considerarse también (paradójicamente, debido a la forma usual de expresarlo) como un fenómeno social. (Los valores se transforman en el tiempo para una y la misma persona que actúa.) Claro está que el valor se estipula también interindividualmente y es, por esta razón, (en otro sentido) un fenómeno social.

En la medida en que un fenómeno -y, por tanto, también la observación de un fenómeno, como, a su vez, “fenomenal”- está incluido en el continuum de los mundos posibles, se trata de un proceso histórico y condicionado por otros fenómenos. La observación da lugar a determinados conocimientos que, por la misma razón, están condicionados por la situación y por otros procesos, es decir, son individuales. A su vez, los conocimientos están condicionados socialmente (o culturalmente), porque (1) toda persona, en el sentido explicado anteriormente, constituye ya una sociedad, y (2) toda persona, en el continuum de los mundos posibles, está condicionada por otras personas (cfr. la socialización). En sentido inverso, puede afirmarse que las culturas fundamentan el conocimiento y, por consiguiente, conforman también los valores.

Los conocimientos -incluidos los conocimientos sobre valores, por cuanto se puede hablar también (resumiendo) de los valores como conocimientos- son, en el sentido ahora perceptible, individuales (idioculturales) y, al mismo tiempo, sociales (diaculturales/paraculturales). Esta argumentación lleva a la conclusión ya establecida anteriormente de que las valoraciones de un fenómeno son en principio individuales y, al mismo tiempo, a la conclusión de que existen conocimientos “similares” supraindividualmente (es decir, como ya se ha indicado, tan parecidos que no se produce ninguna protesta).

Conclusión (segunda conclusión traslatológica): los conocimientos sobre una traducción (por ejemplo, su valoración) se mueven en un ámbito determinado y limitado socialmente (o culturalmente, véase lo expuesto anteriormente). Sus límites no se pueden indicar con exactitud (piénsese en la sociedad y la cultura como sistemas “abiertos” -véase lo antes indicado). En cualquier caso, están condicionados por la situación. Este ámbito está abierto y puede modificarse de forma específica para cada caso: es un proceso. Por tanto, pese a los límites existentes, se mantiene, de forma específica para cada caso, una doble incertidumbre: (1) debido a la individualidad de todo conocimiento (todo conocimiento lo es de alguien; compárese lo indicado anteriormente sobre la problemática de la similitud y la equivalencia) y (2) debido al carácter específico de todo conocimiento, también desde un punto de vista paracultural o diacultural. (*Aunque “en*

español” existen determinadas normas de puntuación, se producen divergencias individuales [que son toleradas por los demás].)

Observación: no es necesaria ninguna teoría traslatológica de la lealtad, porque la limitación del ámbito que acabamos de mencionar establece las variantes de traducción de un texto de partida aceptables para cada cultura. Cabe observar que, como ya se ha indicado, toda limitación es específica de una cultura. (Recordemos que existen paraculturas, diaculturas e idioculturas.)

El valor de cambio de los fenómenos permite compararlos supraindividualmente. Esta comparación tiene lugar del siguiente modo: un individuo establece, en una situación dada (en un momento dado, entre otros factores), su valor de cambio para un determinado fenómeno. Un segundo individuo procede para sí de igual manera. Si los dos valores de cambio (¡plural!) así establecidos están tan próximos entre sí que no se produce ninguna protesta, puede tener lugar un intercambio en la práctica o, al menos, su posibilidad teórica es admitida por ambos individuos, por lo que se puede afirmar que los fenómenos tienen “el mismo valor” para las dos personas que actúan (o bien, que tienen valores bastante similares, que son “equivalentes”). Como cualquier asignación de valor debe ser potencialmente justificable, se debe poder indicar a qué elementos del fenómeno se refiere la equivalencia. (Estos pueden ser fenómenos material y/o sustancialmente diferentes para cada persona que actúa.) Si a través del proceso descrito se ha establecido una relación entre dos fenómenos o entre elementos de dos fenómenos, se pueden buscar, de manera específica para cada situación, otros argumentos que justifiquen su comparación, etc. En este punto podemos retomar la metáfora de las órbitas de los cometas en relación con los procesos: éstos se acercan entre sí, pueden transcurrir de forma paralela durante un tiempo y alejarse después nuevamente, etc. Lo mismo sucede con los valores/juicios de valor.

Tercera conclusión traslatológica: (1) si se elaboran varias traducciones de un textema de partida, éstas serán necesariamente diferentes entre sí, pues son detenciones de distintos momentos de procesos. La diferencia existente entre ellas y en relación con el mismo textema de partida procede de su carácter procesual. En general, esta diferencia aumenta en las traducciones secundarias (y así sucesivamente). La experiencia muestra que, en la mayoría de los casos, la diferencia existente entre las traducciones de un mismo texto de partida es mayor cuanto más difieran entre sí las paraculturas, diaculturas e idioculturas de partida y final. (Por esta razón, la diferencia ya no se afirmará tanto desde el punto de vista de las lenguas como de las culturas dadas.) (2) Si se consideran las traducciones como procesos, entonces también las diferencias entre ellas pueden verse como procesos. (3) Los juicios sobre la calidad de una traducción son, en este mismo sentido, procesos que varían individualmente. (Esto ha de ser tenido en cuenta por una crítica de la traducción.)

Supongamos que yo “tengo”, en un momento dado, un libro. (“Tener” es un signo de una detención en un proceso. En algún momento, el libro no me pertenecía, por ejemplo, antes de comprarlo o antes de yo existir; en algún momento dejará de pertenecerme. La posesión y la propiedad son procesos.) El libro “tiene” para mí, en un momento dado, una forma (materia), un contenido (substantia) y un valor. Este modo

de expresión indica al mismo tiempo que forma y contenido no sólo se componen de elementos denotativos (cognitivos), sino también de elementos que para mí tienen un significado personal, elementos connotativos (emotivos), por ejemplo, que lo compré en una librería de viejo, que me gusta mucho su encuadernación, que me identifico con uno de sus personajes, etc. Supongamos ahora que un día regalo este libro. Estoy regalando un objeto como momento detenido de un proceso, en pocas palabras: estoy regalando un momento de un proceso. Realmente no regalo el libro “completo”, pues sigo conservando el libro como “mi libro”, es decir, éste sigue teniendo para mí (en el recuerdo, como momento presente de un proceso) una forma, un contenido y un valor. Todas las connotaciones y asociaciones que para mí están unidas al libro siguen siendo “mías”. Nunca podré regalarlas. (Puedo, merced al continuum de los mundos posibles, del que también forman parte otras personas, hablar con éstas sobre mis sentimientos en relación con el libro regalado [cfr. Sohn-Rethel 1973, 70 s., sobre objeto, intercambio y unidad del mundo], pero la transmisión de información que de este modo se efectúa es algo diferente a mi recuerdo.)

Cuarta conclusión traslatológica: se encarga la traslación de un texto de partida. Las connotaciones y asociaciones relacionadas con este texto (como ya se ha indicado) se mantienen sólo para la persona que da el encargo, o bien se transforman a través de la asignación del encargo, en el sentido que se acaba de explicar. Quizá desde este punto de vista resulte comprensible por qué tantas personas, pese a la existencia de una traducción, se mantienen tan apegadas al texto de partida y reclaman lealtad (¡el término es traicionero!) hacia él o hacia su autor.

Para obrar de modo consecuente, se debe avanzar un paso más en el sentido propuesto y llevar más lejos la diferenciación: en el intercambio (y el regalo es una forma de intercambio en el sentido aquí utilizado) existen, según lo dicho anteriormente, un objeto de cambio (como proceso detenido) para mí y un objeto de uso para mí (que pasa a formar parte del objeto de cambio como elemento de valor; véase lo antes indicado) y un objeto de cambio y un objeto de uso para el receptor del regalo, es decir, cuatro veces el objeto (en el ejemplo: un libro), cada vez bajo diferentes puntos de vista.

Quinta conclusión traslatológica: de las consideraciones anteriores se desprende que no hay objetos “sencillos”, como detenciones de procesos, sino que, en cada acción, éstos se dividen al menos en cuatro objetos, por decirlo así. En el caso de un texto de partida y de su futura traducción, se ha de decidir a cuál de las divisiones -es decir, a cuál de los “objetos”- se debe atender de modo prioritario. (Esto depende nuevamente de las condiciones específicas de cada caso, en el continuum de los mundos posibles.) Tampoco desde este punto de vista existe “la” traducción sin más (como objeto concreto) de un texto de partida. Tal vez el obstinado aferramiento “al texto de partida” esté relacionado con la subsistencia de dicho texto una vez realizada una traducción (similar a la subsistencia de “mi libro” una vez hecho el regalo) y en dicha traducción: uno quisiera volver a encontrar “su” texto de partida en la traducción. (Cfr.: *Este es mi libro, el que te regalé.*)

A través del intercambio (regalo, concesión, venta, etc.), surgen así cuatro procesos y, por tanto, como detención de los mismos, cuatro objetos. En el ejemplo

elegido: *el libro-como-mío con su valor para mí y el libro-como-tuyo con su valor para ti*. Estas dos últimas detenciones, con el transcurso del tiempo, se desligan de las dos primeras en virtud del olvido de éstas por parte del donante y del tratamiento autónomo e independiente de las segundas respecto a las primeras por parte del receptor. En ese momento finalizan estos primeros procesos del libro-como-mío. Por otra parte, puede ocurrir que los procesos se multipliquen de nuevo, si, por ejemplo, el libro no cae en el olvido y vuelve a ser objeto de regalo. (Se cuenta que en Japón los regalos a menudo se transmiten de forma circular y, tras un tiempo, vuelven a manos del primer donante.)

Si en el presente razonamiento se incluyen las connotaciones y asociaciones, conforme a lo expuesto anteriormente -y en mi opinión conviene hacerlo así, pues ellas mismas son procesos que forman parte de la acción y traen consigo efectos y consecuencias-, entonces no puede afirmarse que en el intercambio exista una auténtica igualdad de valores para las personas que actúan. (Sohn-Rethel 1973, 75, argumenta de otro modo.) Si se emplea el término “equivalencia” como sinónimo de igualdad de valores, entonces no existe equivalencia en el sentido estricto de la palabra. Existe solamente una adecuación de los valores de cambio, supuesta para sí por cada persona que actúa y condicionada por el escopo, cuando no se produce ninguna protesta, es decir, cuando la acción se lleva a cabo con éxito.

Sexta y última consecuencia traslatológica: no es adecuado hablar de equivalencia, en el sentido estricto del término, entre el texto de partida y la traducción; solamente se puede hablar, de forma específica a cada caso, de una supuesta similitud que resulta suficiente. Si una persona acepta un texto como traslación de un texto de partida, la relación para ella imperante entre ambos textos es una relación de adecuación y está condicionada por el escopo.

(Traduzido por: Célia Mastín de León)